

mento su pérdida, por única luz encuentro esas palabras en boca de mi patrón, de un hombre á quien respeto más que á mi padre; que se ha declarado con tanta franqueza mi protector, y á quien no puedo decir que me aclare ese misterio, ni obligar de grado ó por fuerza á que entremos en explicaciones; esto acrecienta mi padecer y aumenta el atroz martirio que me devora el alma. Pero si no tuviera ningún antecedente, ¿por qué me dijo eso? Hay aquí un misterio que no comprendo, que no está á mis alcances aclarar, yo no puedo creer que el señor coronel me ha dicho eso sin algún fin particular: veremos lo que resulte, y sea lo que fuere siempre le agradeceré su bondad, sin prescindir de buscar el gato y darme á la pena.

Con tanto afán se dedicó á su comercio, que al año ya tenía Lorenzo ocho magníficas mulas propias suyas, un buen macho de silla romito; cargaba diez y seis barriles que en menos de quince días realizaba en sus entregas, y volteaba un capitulito de más de seiscientos pesos, estando el coronel cada día más contento de ver sus adelantos, siendo conocido por *Lorenzo el aguardentero*.

CAPÍTULO V

La sumaria. — Nuevo pretendiente. — El cofrecito. — Amor filial. Comiso.

Retrocedamos ahora á Jungapeo y veamos cuál fué por fin el término del gran escándalo que hizo D. Eпитacio por la desaparición de su sobrina. En vano se soltaron multitud de galgos á la inofensible liebre: ninguno tuvo la suerte de ganar los quinientos pesos ofrecidos, á pesar de que animados de la codicia buscaron con empeño por todos los contornos y rincones del valle. Luego que se instruyeron todas las averiguaciones, fueron remitidos los reos con su respectiva sumaria para el juzgado de letras. D. Eпитacio, temeroso, y con razón, de echarse más encima la odiosidad de los sujetos aquéllos que complicó en el negocio, hizo cuanto pudo en su favor para que los pusieran en libertad; pero no por eso consiguió su fin, pues resentidos aquellos malvados no esperaban más que una oportunidad para vengarse á su sabor, y mientras le seguían cuantos perjuicios podían hacerle por trasmano, de manera que en poco tiempo casi se paralizó su comercio, no era dueño de alejarse mucho de su casa, temiendo á cada instante encontrarse á solas con alguno de ellos. El infeliz de Plácido estuvo cerca de un año en la cárcel, hasta que no habiendo quién activara la causa, y logrando poco á poco hacerse de confianza con el alcaide, pudo fugarse de su prisión y poner alguna tierra de por medio, quedándose el asunto en tal estado sin que hubiera alguno que á los seis meses de su fuga se acordara de tal suceso. No sucedió así en Jungapeo, pues el D. Eпитacio, así como sus nuevos enemigos le hacían cuanto mal podían, él renovaba su encono contra D. Juan y su hijo, valiéndose de ocultas manos para satisfacer su venganza, sin poder directa-

mente achacarle á Lorenzo el rapto por carecer de pruebas; pero le tuvo varios sujetos puestos exclusivamente á espiarle los pasos por mucho tiempo, hasta que fastidiado de no poder sacar nada en limpio, prescindió de su empresa sin atreverse á reconvenirle directamente porque no podía olvidar que tenía un genio quisquilloso y una mano muy pesada, por lo que se dedicó á realizar cuanto pudo y prevenirse para cuando la sobrina pareciera y le hicieran cargos contestar con evasivas y quedarse con cuanto pudiera según se había propuesto.

Desde que el coronel condujo á Refugio para el monasterio, ella le confió el secreto de lo del cofrecito, le dió todas las señas del sitio en que estaba enterrado y la llave para que si lo encontraba viera lo que contenía. Se manejó aquella niña tan dócil y obediente á los consejos del coronel, que éste la quería como si verdaderamente fuera su hija: la iba á ver cada vez que podía, la tenía elegantemente vestida, la presentó en las mejores casas de la población en donde la trataban con todo miramiento, como á la sobrina del señor coronel, pues así dijo él que era aquella joven al darla á conocer, con eso ocupaba un lugar muy preferente: el trato, la sociedad, y sobre todo la buena educación que comenzó en Zitácuaro y acabó en el monasterio, la ilustraron y era una verdadera señorita como su legítimo padre deseaba. El día menos esperado recibió el señor coronel una carta de una persona respetable por su posición social y cuantiosos intereses: en ella, con la mayor urbanidad, le pedía la mano de su sobrina, de la niña Refugio. Aplazó la contestación cortésmente y escribió á Refugio acompañándole la solicitud original, diciéndole que nada haría sin su voluntad, agregando: — Estoy sumamente contento de la conducta de Lorenzo; va haciendo su fortuna á gran prisa; es muy hombre de bien; tú escíbeme lo que determines para obsequiar desde luego tus deseos. Este es el deber de tu amante padre, etc., etc.

Refugio tuvo mil debates entre sí, todavía quería á Lorenzo, y al recordar sus hechos, sus esperanzas de ventura, desbarataban sus ilusiones la fatal desgracia que mancilló su honor, que hizo plaza de su reputación; la justicia con que D. Juan quiso cortar aquel escándalo; la repugnancia con que la reci-

biría como hija cuando había sido públicamente acriminada por su propio tío su curador y albacea de la testamentaria, que decidiéndose por Lorenzo reviviría la enemistad con D. Epitacio y tendría consecuencias funestas; por último, no hallándose capaz de resolverse, contestó al señor coronel en estos términos: « Acámbaro, etc. — Padre mío, permítame que siempre le dé este título: Desde el instante en que tan generosamente encontró en sus brazos un abrigo esta huérfana desgraciada, me determiné á no hacer más que lo que fuere de su agrado; sin embargo, como me deja en libertad de elegir yo misma mi suerte, han luchado en mi pecho el amor, la reflexión, mi deber, mi situación y otros mil pensamientos que me han dado un día bastante amargo; por último, obedeciendo á los impulsos de mi corazón, le manifiesto resueltamente que en sus manos pongo mi suerte, que vd., padre mío, que ha tomado tanto empeño en mi bienestar, sea el que decida en tan grave asunto, porque yo temo mucho que me ciegue la pasión y vaya torpemente á cometer un desacierto. En esta inteligencia, acataré resignada su determinación como debe hacerlo una hija obediente y agradecida á su amante padre, á su generoso bienhechor, etc. »

« P. D. Devuelvo á vd. la que me adjuntó para que la conteste como fuere de su agrado. — Vale. »

Luego que recibió el coronel aquella contestación, la leyó varias veces, y guardándola exclamó: — Esto está peor de lo que yo me figuraba, esa muchacha no tiene un pelo de tonta, se conoce que á pesar de su pasión ha dado lugar á la razón, y me pone en un compromiso de todos los diablos: pobre Lorenzo, no bastó abogar por él, me dejan á mí la decisión; aunque lo quiero, necesito también hacer á un lado las afecciones particulares y ver sólo por la ventura de esa niña que en mis manos pone su suerte, revestirme de la autoridad de padre y corresponder á su confianza; á ver D. Juan en qué sentido se halla, que prescinda de sus preocupaciones y abogue por su hijo. Salió de su despacho y mandó con un criado llamar á D. Juan.

Á poco rato llegó, y metiéndose para sus piezas le dijo: — Amigo D. Juan, por servir á vd. me he metido en un laberinto

del que no hallo cómo salir, necesito que vd. me ayude, ya llegó la lumbre á los aparejos y no hay más que resolverse.

— ¿Pues que ha sucedido, mi coronel? — Lea vd. esas cartas, luego este borrador, y después esta contestación mientras vuelvo, voy á prevenir que nadie venga á interrumpirnos. Se quedó D. Juan leyendo mientras salió á hacer la prevención, dándole tiempo para que solo reflexionara; volvió á poco y le dijo: — ¿Qué le parece á vd. de esa última resolución, dígame qué haría vd. en mi lugar?

— Mi coronel, yo no hallo qué responderle, soy parte interesada y podría mi opinión perjudicar; pero juzgando desapasionadamente, creo que Lorenzo lleva el cuento perdido, porque nunca podrá compararse con ese caballero que sin duda tiene muchas ventajas sobre él.

— Hablemos claro, amigo mío, vd. siempre ha tenido á mal los amores de su hijo, han acontecido por desgracia algunas cosas que ofenden su delicadeza, y le concedo la razón, teme que vuelvan á encenderse enemistades y hablillas que sin duda tendrán mal fin con el lépero ése de D. Epitacio, pues eso me supone nada, porque de un puntapié lo despacho á la porra y todo concluye. Yo, la verdad, tengo mis afecciones por Lorenzo, esa muchacha quiere que la haga venturosa, y no sólo se encuentra la ventura con el dinero; eso que dice ahí de pasión, muy bien da á conocer que todavía lo ama, yo me propuse hacer la felicidad de ese muchacho, y si por mí fuera no vacilaría en dársela por esposa; pero me encuentro entre la espada y la pared, lo dejan á mi arbitrio, y para cumplir con esa encomienda necesito ser padre, prescindir de mis afectos y caminar por el camino derecho, calcular lo futuro, comparar á los pretendientes y decidirme por el que me preste más probabilidades de hacer la suerte de mi hija, de tratarla como se merece por su persona, que sepa respetar sus virtudes, que la eleve al rango que exige su ilustración para que sea una fiel esposa y tierna madre, este es mi compromiso, ayúdeme á salir del atolladero.

— Mi coronel, yo también hago á vd. árbitro de la suerte de Lorenzo; y dejando á un lado eso que me dijo de preocupaciones, conozco que en el estado en que se encuentra esa niña,

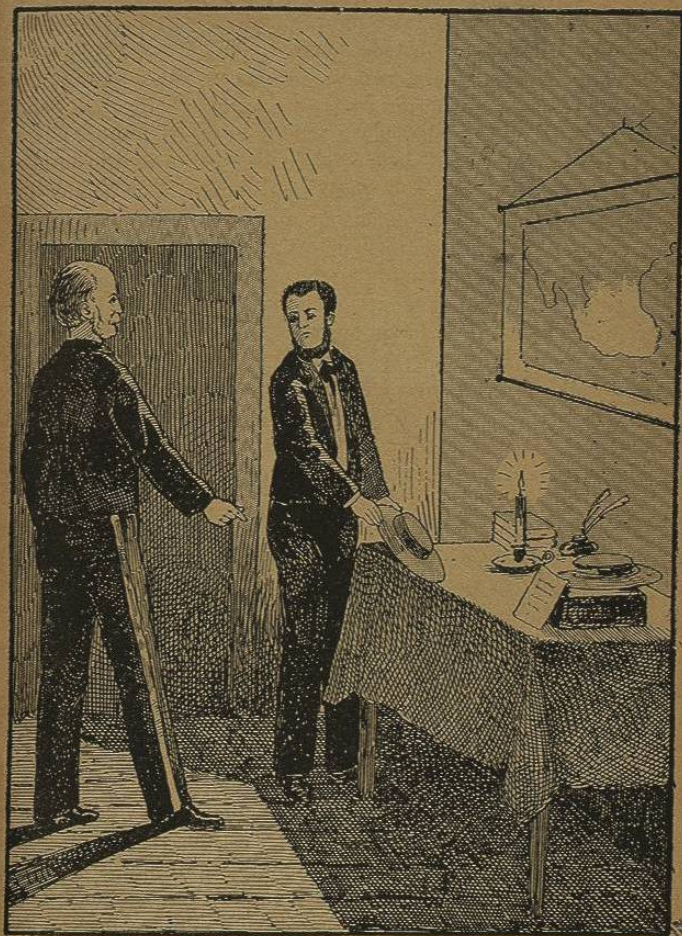
es una señorita que no le convendría casarse con un pobre arriero, es digna de mejor suerte y de ocupar un lugar en la sociedad en más escala, por lo que se perjudicaría si descendiera sólo por halagar una pasión que luego que se satisficiera la haría arrepentirse de ella; esa reflexión tal vez la ha hecho no decidirse sino dejarlo á la elección de vd., yo estoy pronto á sacrificar hasta mi vida por el bien de mi hijo; pero conozco la razón y ni estiro ni aflojo, haga vd. lo que le parezca.

— Entonces amigo D. Juan, en vez de darme la mano me sume más: yo aguardaba que me diera una salida y más me ataja el paso dejándome á mí solo toda la carga, pues á los motivos de delicadeza que antes tenía, hay que agregar sus últimas razones que también son graves, y no me queda otro remedio que ocurrir al último extremo. — ¿Cuál, mi coronel? — Que Lorenzo decida y se acabó; el muchacho tiene ganada la palmeta, no porque es un pobre arriero que comienza á hacer pininos lo debemos de nulificar. — Pero, mi coronel, ¿cómo puede ser eso? — Voy á ponerlo en una disyuntiva, á que se decida resueltamente ó por vd. ó por ella. — ¿Pero si, como es natural, se decide por ella, qué hago, mi coronel? tengo que sufrir un amargo desengaño, y... — Y echar á normala sus preocupaciones y delicadezas, señor mío, eso no tiene remedio, la lleva vd. tras de la oreja y se muerde un codo; pero también es natural que si el muchacho quiere á vd. de veras, prescinda de sus afecciones por no abreviar sus días y darle en qué sentir, ¿y entonces? — Entonces, mi coronel, seré el más feliz de los padres, me volvería loco de gusto.

— El albur es arriesgado, ¿qué dice lo corremos? — Vd. sabe lo que hace, mi coronel. — Pues arranquemos de una vez diente y dolor, basta ya de incertidumbres y amarguras, esté vd. listo para que en cuanto llegue Lorenzo le mande avisar, quiero que vd. nos escuche para que se satisfaga de mi modo de arreglar estos negocios, y si hubiere alguna dificultad me ayude á vencerla.

A los cinco días de esta determinación llegó Lorenzo muy quitado de la pena, lo llamó el patrón para su despacho, y después de varias conversaciones indiferentes se paró, y con tono de chanza le dijo: — Oye, Lorenzo, ¿todavía te acuerdas

de Refugio? Sorprendido con tan inesperada pregunta, se puso muy colorado y no hallaba qué responder: sin esperarlo prosiguió: — Háblame con toda libertad, ten en mí confianza y responde con franqueza, como si lo hicieras con un amigo que se interesa por tu suerte; ¿todavía amas á esa niña? — Señor coronel, todavía; no ha sido suficiente la incertidumbre de tres años para entibiar mi pasión, para desesperar de mi suerte ni prescindir de mi amor. — Sería una llamarada de petate, ilusiones juveniles de un muchacho que se desbaratan como el humo. — No, señor coronel, se lo digo como lo siento, cada día la quiero más, conservando cierta esperanza de que algún día llegaré á encontrarla; tengo grabada su imagen en mi corazón, y firme en adorarla la he buscado con esmero por cuantas partes he podido; por eso anduve en todo el valle ocupando tantos destinos, y convencido que no se ocultaba por aquí, empecé ser aguardentero para no prescindir de mi principal objeto. — Pues, hijo mío, no sé si recordarás que hace ocho ó nueve meses te di unos apuntes para darte á entender que yo estaba al tanto de tu cuidado, y si mal no recuerdo, también te di una esperanza con lo del tiempo y un ganchito; pues vamos al grano, ya llegó el tiempo de que terminen tus inquietudes. Yo te birlé á Refugio de la cueva de los Chagolleros, te vi salir de ella á tiempo que yo pasaba por Capirio, ya sabía todas las ocurrencias que tenían alborotado á todo el pueblo, y me dije para mis adentros: aquí hay gato encerrado, este muchacho es tan simplón que deja á su novia en el mayor peligro por irse á desayunar á su casa y engañar á su respetable padre; pues, señor, ladrón que roba á ladrón gana cien años de perdón; la muchacha es buena moza y bien merece echármela en la silla. Así lo hice, y como quien quiere y no quiere fué á resollar hasta Acámbaro, la tengo en el monasterio, es una verdadera señorita, y se ha puesto chulísima, hombre, chulísima, si la vieras no la habías de conocer; ya no es aquella pobre muchachita de zapatoncitos de gamuza, enaguas de muselina y rebocito, que te echaste á cuestras; ahora es una señorita admirada de todos, bien puesta y pretendida de más de cuatro que les ha llenado el ojo, tanto que mira esta carta que últimamente he recibido, y esto me ha precisado á que aquí como amigos entremos en



Heroica resolución.

explicaciones, pues has de saber que desde el instante que cayó en mis garras me propuse servirle de padre, y ella humilde y obediente admitió ser mi hija, lleva mi apellido y la atienden como á mi sobrina, eso ha contribuído para que la distinguan y consideren todas las personas más bien colocadas de la sociedad de allí adonde la he presentado ; conque imponte primero de esa solicitud.

Lorenzo en aquel instante no sabía ni lo que pasaba por él, todo el gusto que tuvo al saber que su amada existía, que el coronel le dispensaba favor y que sin duda lo llegaría á hacer venturoso, inesperadamente se fué convirtiendo en serias reflexiones, cuando le fué pintando su posición social; colmó su amargura la carta del sujeto que pretendía la mano de su amada, y aunque no lo había tratado familiarmente, sabía muy bien que era uno de los principales capitalistas y propietario de una gran hacienda; como de treinta años, bien parecido, con otras mil recomendaciones; todo lo meditaba al ir leyendo la carta con espacio, y cuando concluyó preguntó con semblante triste : — ¿Y qué ha contestado vd., señor coronel, á este caballero? — Aun no le he contestado definitivamente, sino que esa carta, con una mía cuyo horrador es este, se la remití á mi hija : mira lo que le escribí. Una ráfaga de alegría apareció por un momento en su tétrico semblante, al ver la recomendación que hizo su patrón á Refugito, hablándole de su persona, y exclamó : — Esta es mucha bondad, señor coronel, se lo agradezco en el alma y conozco que me aprecia. — Pues vamos adelante, mira la determinación de esta bribonzuela, y revístete de paciencia; yo esperaba que tú te llevaras la palma; pero, hijo mío, eres muy desgraciado. — ¿Qué, se resolvió por el otro? — No; se lo hubiera yo apreciado mejor, porque sin decirte una palabra la hubiera casado, y paz Cristi : tú hubieras seguido en tu incertidumbre, y cuando lo llegaras á saber, no sería por mi boca, que es enemiga de dar malas nuevas á las personas que estimo : imponte de su contestación, medita en el fuerte compromiso en que me pone, y que si tú no me sacas de él, no sé cómo quitarme esa puya.

Tomó Lorenzo la carta temblando de sobresalto, al notar una excelente letra inglesa, con una escritura limpia y correcta,

no dudó que su adorada, á proporción, debería estar muy ilustrada, la leyó como sobrecogido de respeto, sentía cierto sentimiento que le parecía que á cada instante se alejaba la imagen de su adorada de donde la había conservado impresa, y como que se elevaba á una altura á que él nunca podría encumbrarla, por lo que acabando de leer se quedó reflexivo diciendo para sí: — Ni una palabra, ni una nota que haga mención de mi persona: han luchado en su pecho amor y reflexiones, deber y quién sabe cuántas más cosas; luego no siente esa mujer por mí el mismo amor que yo le tengo, pues ha dado cabida en su corazón á reflexiones que nunca medita el que está verdaderamente apasionado; aquí el patrón le abre la puerta, le recuerda al mencionarme sus juramentos, la deja en entera libertad, y sin embargo no se resuelve; luego la deslumbran tal vez otras ilusiones, no quiere descender de la altura en que se encuentra, y más que aspirará elevarse, á la triste condición de ser la esposa de un rancharo, que no podrá ofrecerle sino un pobre rincón en este escondido valle. — ¿Qué opinas, Lorenzo? dime tu parecer; yo me encuentro muy comprometido, no quiero agraviarte, mucho menos tenerte en poco, pues si ese caballero tiene proporciones y es rico, no por eso te aventaja; tú tienes brazos, eres hombre de bien y eso me basta, á mí no me alucina lo que brilla; todas mis afecciones están en tu favor y mucho gusto hubiera tenido en que te hubiera elegido; pero cuando hay la circunstancia de poner en mis manos su suerte, me las ata el deber de cumplir fielmente con tan delicado negocio: tengo que ser imparcial y sin duda alguna decidirme por el que me prometa más probabilidades de labrar la suerte de esa criatura; necesito que su esposo sea hombre capaz de respetar y estimar en su justo valor su candor y sus virtudes, que le dé el lugar que se merece por su persona, y que la eleve al rango que le pertenece por su buena educación, haciendo brillar sus eminentes prendas, labrando su ventura. ¿Qué te parecen esas reflexiones? — Muy justas y puestas en razón, señor coronel, y entiendo que seguramente, por más esfuerzos que yo haga, no podré conseguir ser el feliz mortal que labre la dicha de esa... señorita.

— Sin embargo, antes de decidirte, quiero que me hagas un

favor particular, que sólo de ti puedo esperar. — Vd. mande, señor, no suplique. — Anda á ver cómo consigues introducirte por el corral de la casa de Refugito, á un cuarto caído que está detrás de la cocina: allí existe un horno viejo, te metes dentro, en la cuarta andanada y quinta solera rascas; allí encontrarás un depósito, que tomando bien tus precauciones, es preciso que traigas sin ser visto ni sentido de ninguna persona: busca el modo de penetrar sin salvar la tapia, pues ya tienes experiencia de que aquellos adobes no te aguantan y no vayas á dar otro batacazo como el de marras: conque anda á hacerme este servicio, que sólo podía encomendar á una persona de mi entera confianza. Por supuesto, aguarda á que cierre bien la noche, toma bien tus medidas para que el lance no se malogre, y te espero en vela hasta que vuelvas, pues esta misma noche hemos de dejar concluido este negocio, que á todos nos tiene en un martirio; habilítate de los útiles necesarios, y andando sobre la marcha que el tiempo vuela.

Se fué Lorenzo para su casa, se habilitó de un barretón, un costal, un farol y pajuelas; montó en su caballo y se dirigió para el pueblo ya dada la oración, meditando en tantísimas cosas que á su pesar se venían á su imaginación y se amontonaban formando una fuerte oposición á su amor. — ¿Y qué, será posible, se decía, que después de estar alimentando en mi pecho una vehemente pasión por esta niña, el día que salgo de la fatal incertidumbre que ha amargado mi existencia, me la encuentre fría, indiferente, irresoluta, y lo que es peor, elevada á superior esfera, y pretendida por una persona de mucho más mérito y posibilidad? Si es como el patrón me ha dicho, que está hecha una verdadera señorita, elegante, distinguida é ilustrada, en lo que no cabe duda pues es pretendida por esa clase de personas como ese sujeto que solicita su mano, ¿quién soy yo para disputársela? ¿con qué elementos cuento para conservarla con el lujo y ostentación en que se encuentra? y si ahora que pudo con libertad expresar su voluntad no se ha resuelto en mi favor, ¿qué sería cuando descendiendo del rango en que se halla, fuera la esposa de un infeliz aguardentero? tendríamos una vida desesperada, aburrida y llena de sinsabores; yo al estar alimentando fielmente una esperanza lo hacía en la inte-

ligencia de que sería correspondido por una pobre huérfana de mi esfera, sin tener otros hechizos que su candor; que á mi lado se encontraría venturosa portando un pobre traje, asociándose con los sencillos rancheros; pero ni por la imaginación me pasaba que los zapatitos de gamuza estuvieran en la actualidad reemplazados con zapatos de raso; las humildes enaguas con magníficos trajes, ni su rebocito viejo con costosos tápalos de seda; esta circunstancia sin disputa, me resfría, no me parece bien atravesarme en su camino, mucho la quiero para estorbarle el que disfrute del bienestar que le espera, yo no puedo hacerla descender, eso sería en mí una vileza, yo sólo aspiraba á su corazón y de ninguna manera serviré de obstáculo á su engrandecimiento.

Y exhalando un suspiro profundo, exclamó: — Nadie sabe para quién trabaja; no se hizo la miel para la boca del asno; no me queda más recurso que quejarme á mi fortuna. Decididamente no me conviene, y por lo mismo que la he adorado sin interés no debo hacerla infeliz ni arrastrarla en mi desgracia.

En estas y otras reflexiones por el estilo, llegó al pueblo, dejó su caballo amarrado en el guayabo en el sitio que antes lo hacía, con sus menesteres llegó á pie hasta ponerse detrás de la casa, haciendo recuerdos bastante tristes en verdad; registró la barda, y casualmente fijó la atención en un caño por donde desaguaba el corral, el cual se determinó á agrandar hasta poder caber por él: comenzó con el barretoncito á palanquear las piedras y ladrillos del mamposteado, que como estaban asentados con lodo, fácilmente y sin necesidad de hacer ruido se desprendían: en cuanto la horadación fué suficiente, penetró sin ningún tropiezo hasta introducirse en el horno: tapó la boca con el costal, encendió su farol, contó las hiladas de las soleras, y sin dificultad mayor alzó la quinta susodicha, sacó una poca de tierra floja y un bulto como de media vara de largo, una tercia de alto y bastante pesado, envuelto en embreados, muy liado con mecates: buscó más, y satisfecho de que ya no contenía otra cosa el agujero, apagó su luz, echó dentro del costal el depósito, y con las mismas precauciones salió felizmente hasta donde estaba su caballo, partiendo á

media rienda para la hacienda lleno de los más tristes pensamientos que terminaban en suponerse á Refugio infiel y embriagada en nuevas ilusiones.

Poco después de las diez de la noche llegó á la hacienda: el mismo señor coronel le abrió la puerta, recibió el costal y se dirigió para su pieza de habitación, mientras que Lorenzo entregó á un criado su caballo, se metió después para adentro limpiándose el sudor y sacudiendo el hollín de que iba lleno.

Al verlo todo tiznado le dijo: — ¡Pareces un condenado, Lorenzo! — Esa es la verdad, señor; condenado, y condenado en vida, que es lo peor. — Conque vamos por partes y no desesperes, porque entonces me harás creer eso de tu condenación. Trozó los mecates, quitó mil envoltijos y apareció un baulito forrado de vaquetería, muy claveteado con tachuelitas amarillas, sacó de su cartera una llavecita y lo abrió, presentándose á su vista multitud de cartas, versos, recetas y otras cosas escritas por él, para ella. — Esto es paja, dijo, y los hizo á un lado continuando en ir sacando lo que había. Abrió una cajita de cartón, luego otra, después desenvolvió un paquetito y exclamó: — ¡Esto ya es otra cosa! pero haremos esto lo mejor posible: coge papel y arrima el tintero, formaremos un apunte y poco más ó menos valorizaremos estos cachivaches. Le fué dictando y justipreciando todo aquello, que eran porción de piezas de oro y plata, aretes de brillantes, anillos, hilitos de perlas y multitud de dijes y chacharitas de valor, cartuchitos con algunas monedas de oro, y por último, en el fondo, documentos importantes, los testamentos de D. Luis y su esposa, el inventario, tres escrituras de acciones de minas en Anganguero, el Loro y Tlalpujahua, las de las casas de Jungapeo, de varias territas y huertas, de todo se formó la lista y sacó al margen el precio calculado, le mandó sumar y su importe ascendió á quince mil cuatrocientos y tantos pesos. — ¿No te habrás equivocado, Lorenzo? repasa esa suma. Este volvió á sumar y respondió: — Está conforme. — Corrientes: pues mira, Lorenzo, todo eso le pertenece á Refugio. ¿Y consideras tú que con ese capitalito y la posesión de una excelente muchacha, se haga la felicidad de un hombre? — Yo creo que sí, señor. — Pues en esta inteligencia, hijo mío, me desnudo

de todo el carácter de favorecedor de esa niña, te dejo en libertad absoluta para que tú mismo decidas de la suerte de ella, dándote en esto pruebas evidentes de que te quiero y de que soy tu verdadero amigo; pero como tal, debí advertirte que tu posición es comprometida en sumo grado; tal vez engolfado en tu pasión no has conocido que con ella estás abreviando los últimos días de tu anciano padre. El desgraciado cuanto escandaloso suceso de Jungapeo; los antecedentes de enemistades anteriores, en que tú no tomaste poca parte, dejando á Epitacio sin muelas, ofendieron á tu padre, como era natural, obligaron su amor propio, su delicadeza, y teme, con justicia, que vulneren su honor. Todo eso serán ranciedades, vanas preocupaciones, y ¡qué sé yo! pero lo cierto es, que ese es su modo de pensar, y vé tú á persuadirlo de lo contrario; tiene esa idea, es muy vanidoso de su honra, firme en su fe, y primero sucumbe que transige; yo respeto su modo de pensar, y jamás combatiré ni reprobaré su conducta; conozco su carácter, y he conseguido lo que ninguno. — ¿Qué cosa, señor coronel? — Que haciendo á un lado todo, prescindida de sus ideas, y me ha dicho estas palabras: « Si la vida se me pide por la felicidad de Lorenzo, mi vida gustoso le sacrificaré. » Conque por ese lado ya tienes adelantado mucho, y ahora sólo me toca, para que más te convenzas de mi buena disposición, hacerte las advertencias de un buen amigo, y que tú hagas lo que te convenga: ya tienes veinticuatro años, no eres tonto y tu determinación será obsequiada al momento.

Puso el cofrecito de las alhajas en un extremo de la mesa, colocó la lista parada recargada contra aquél, y quitándose su sombrero se lo enseñó á Lorenzo, diciendo: — Mira, éste es Refugito, y lo colocó encima; no te miento al decirte que es una muchacha de todo mérito, que está chulísima, que tiene ahí efectivos, más bien más que menos, quince mil cuatrocientos y tantos pesos, y además una persona que pretende su mano, un caballero que no tiene tacha que ponersele: pues bien, vamos al otro lado. Cogió el sombrero de Lorenzo, lo puso en el otro extremo de la mesa y dijo señalándosele: Este es un viejo honrado que ya pronto tocará las puertas del sepulcro, y tampoco te miento, tu pasión lo precipita; pero sin em-

bargo, disimula su dolor y oculta en su pecho el pesar que lo atormenta por no contrariar tu inclinación, sacrificando su reposo por darte gusto, y tiene también además una persona, otro viejo que lo aprecia, y que por más esfuerzos que haga, imposible le será mitigar su pena, y únicamente le ayudará á lamentar en secreto sus sufrimientos. Bajo este concepto, hijo mío, mi querido Lorenzo, en la presente ocasión quiero que elijas lo que tu corazón te incline: ven acá. Lo separó cuatro ó cinco pasos de la mesa y continuó: — He aquí los dos caminos por donde debes marchar: es preciso que te decidas por alguno: en este de tu derecha te espera una excelente muchacha con los brazos abiertos, te brinda con quince mil y tantos pesos que constan en esa lista; puede hacer tu fortuna, no volverás á trabajar y desde luego labrarás tu suerte; por el otro lado, á tu izquierda, también te tiende los brazos un venerable y honrado anciano, que agobiado por el trabajo, va tocando á su fin; tendrás que trabajar para aliviarlo y sólo podrá corresponder con un par de lágrimas que saldrán de su marchito corazón, como testimonio de su amor. Allí te espera la dicha, la encantadora virgen de tus ilusiones, el colmo de tus esperanzas venturosas, podrás saciar tu ambición, tirar dinero, en una palabra, tu pasión quedará satisfecha. Aquí también te espera la gratitud, el respeto, la ternura, el deber y sobre todo, el amor más puro y desinteresado, el paternal; si te resuelves por él, aquélla desde luego encontrará su ventura en los brazos de otro hombre que le ofrece su amor y cuantiosos intereses, y tú podrás reemplazarla con otra, cien, mil, si se te antoja buscarlas; pero si fuere por el contrario, es indudable que precipitarás los contados días del anciano, y jamás lo reemplazarás con nadie. Con tu preferencia á él conduces á ella al tálamo, tal vez á una buena suerte; y con tu decisión por ella, á él lo llevarás al sepulcro. Por último, allí están tus ensueños de delicias y el ángel de tus ilusiones; aquí está tu padre á quien le debes el ser y cuanto vales; yo no te obligo, toma el camino que quieras, medita en lo que te he dicho y determinate: ya como amigo te hice las advertencias que el amor que te tengo me imponían; ya te puse de manifiesto tu situación, elige lo que te parezca y concluyamos con esto definitiva-

mente. ¡Ojalá que yo, al encontrarme en lance semejante, hubiera tenido cuando hijo quien me ayudara desinteresadamente á conducirme, no habría sufrido las amarguras de padre que me han hecho pedazos el corazón!

Lorenzo por un instante vaciló: veía para uno y otro extremo de la mesa; las reflexiones del coronel lo habían acabado de desanimar, recordó las palabras de su padre y se dijo á sí mismo: Si está pronto á sacrificarse por mí, ¿por qué no he de hacer lo mismo por él? El mucho amor que tenía á Refugio, pobre y abandonada, se resfrió al instante de convencerse de que era rica y había quien la hiciera mucho más. Aquella lista acababa de infundirle desaliento en vez de causarle interés, y siguiendo los impulsos de su corazón, sensible y desinteresado, marchó con paso firme para su izquierda, puso la mano sobre su sombrero, y con voz clara dijo: — Señor coronel, *prefiero á mi padre sobre cuanto hay en la tierra; renuncio de esa señorita, no quiero hacerla infeliz ni estorbar la ventura que le espera.* — ¿No tendrás motivo para arrepentirte, Lorenzo? — ¡Jamás! — Pues ven á mis brazos, querido, cada día me das pruebas de que eres digno hijo de tal padre. Y estrechándolo cariñosamente prosiguió:

— ¡Gracias, Lorenzo! con esta acción que acabas de hacer me has comprado, muchacho, y te repito que cuentas conmigo, con cuanto tengo y con cuanto valgo. Tomándolo luego de un brazo se dirigió para la segunda pieza, abrió la mampara, y apareciendo D. Juan le dijo: — Ahí tiene vd., amigo mío, á su hijo que de veras lo ama, déle chichi y no se vuelva loco de gusto. Á un tiempo se abrazaron el padre y el hijo; la dulce emoción les privó el uso de la palabra, derramaban lágrimas de placer, sin cesar ni uno ni otro de prodigarse cariños, y el coronel, también conmovido, se limpió una lágrima ardiente que no pudo contener, y exclamó lleno de júbilo: — ¡He aquí cuál es la verdadera felicidad, el amor más puro y la determinación más noble!

Así terminó el primer amor de Lorenzo, que al decidirse en favor de su padre, no dejó de hacer una penosa violencia; pero endulzó y mitigó su pena el verse abrazado de él que lo estrechaba contra su seno; al repetirle sus caricias, sentía cir-

cular por sus venas un fluido vivificador que lo enorgullecía de su última resolución, que borraba como por encanto las tristes huellas de su pasión, ocupando su corazón otro amor más elevado, más sublime y satisfactorio. Acabó de cerrar su herida una esquela impresa que dos meses después recibió, y decía: — « Fulano de tal y Refugio N., participan á vd. haberse unido en matrimonio, y se ofrecen á sus órdenes en la casa núm... de la calle de... — Acámbaro, etc. » — Este es el testimonio de su fallecimiento, dijo Lorenzo exhalando aún un suspiro. Echámosle tierra; que Dios la haga feliz y venturosa, ese ha sido mi ánimo al prescindir de ella. ¡Adiós, Refugito! que goces la dicha con tu esposo, mientras que yo la tengo al lado de mi viejo padre, arriando este chinchorrito.

Á fines de aquel año se separó el señor coronel de las haciendas, por habersele cumplido el plazo de su arrendamiento: antes de partir regaló á Lorenzo tres mulas para que completara su chinchorro de doce, cargándoselas todas con aguardiente, borró la cuenta de lo que le debía y le dijo: — Lorenzo, estamos á mano, tu cuenta está saldada, esas tres mulas aviadas y esos veinticuatro barriles de chinguirito son un corto obsequio de tu viejo amigo; sigue como hasta aquí, siendo trabajador, hombre de bien y dándole gusto á tu padre, goza lo que Dios te dé con tranquilidad, endulzando sus días y recibiendo sus bendiciones. Hizo Lorenzo cuantas demostraciones de gratitud le sugirió su corazón agradecido, y siempre tenía presentes sus consejos.

A proporción de que fué creciendo su chinchorro, fueron también aumentando sus trabajos y cuidados, y aunque á la vista parecía que tenía grandes utilidades, tenía la necesidad de participar de ellas á multitud de hombres á quien era necesario tener gratos para poder expender su carga, que varias veces escudaba con multitud de pasitos, repartía sus mulas por varios rumbos, andaba por caminos casi intransitables, por sabanas excusadas, paraderos ocultos, y casi en cada viaje tenía que sufrir alguna desgracia que no podía evitar; ya que una mula se desbarrancaba por aquellos horribles precipicios; otra que se rengaba en las cuevas, y cuando menos al desparejar se encontraba con unas sorneadas, otras pasma-

das, en fin, no faltaba algo que lo disgustara, sin contar con lo que ya le habían cogido los guardas que no estaban á su bando y le habían hecho pagar dobles y aun triples alcabalas, por lo que disgustado seguía en su giro procurando con empeño ir venciendo las dificultades que se le presentaban á la vista. En cada viaje le daba á su padre cuanto podía, y con ello fué D. Juan reponiendo sus animales y extendía sus labores muy contento de ver los progresos de su hijo.

Una vez que se excusó de facilitar una suma á uno de tantos pícaros que se hacían disimulados para que expendiera su carga, acosado de tanto como le había estafado ya, aquel bribón, resentido porque se le negó, ocultó su rencor y trató de vengarse delatándolo en la administración, ávido de codicia, porque como denunciante le correspondía un regular bocado. Lorenzo no malició nada, y muy confiado en la fidelidad de aquel envidioso, cuando se disponía á meter su carga por alto, fué sorprendido por los guardas y un piquete de tropa que iban de auxiliares: no teniendo modo alguno de escapar, fué conducido entre filas con todo y mulas á la aduana; allí quedó la carga, el chinchorro fué depositado en el mesón, y Lorenzo con sus dos arrieros, asegurados en la cárcel pública entre multitud de criminales, después de sufrir mil insultos y atropellos de aquellos fariseos, que llenos de júbilo se daban por satisfechos, y orgullosos ponderaban el hecho para tener mejor parte del botín. Por las diligencias que hicieron en su favor algunos amigos, marchantes suyos, y principalmente el empeño de un licenciado á quien le encomendó su negocio, pudo por fin salir de la cárcel después de un mes, y conseguir con mil afares que le devolvieran sus mulas, que por buenas y bonitas excitaban la codicia de más de cuatro, conformándose con perder su carga que cayó en la pena de comiso, y á su presencia fué repartida entre aquellos *avispas, moscones y zánganos*.

Para pagar el gasto de pasturas que exageradamente le cobraban, el que él y sus arrieros hicieron en la fonda, gratificar al abogado y los derechos del alcaide, tuvo la necesidad de malbaratar dos de sus mejores mulas, su caballo rosillo que era su querer, y porción de chacharitas, unas chapetas, espada, la botonadura de plata que llevaba, una medalla de oro y otras frio-

leras, volviéndose para su casa con sólo un par de pesos en la bolsa, sus mulas muy trasijadas, el jato trunco, montado en un macho de los arrieros, dándose de santos con que le hubieran devuelto aquello, pues veía el interés que tenía por arruinarlo completamente. En Irimbo se le despidió un arriero que era de por allí, cobró Lorenzo un piquito que le debían y le pagó sus alcances, continuando su camino con sólo Simón, que montado en la caponera iba de hatajador, y él con una pierna cruzada en la cabeza de la silla, el codo sobre la pierna y la mano en un carrillo mirando para el suelo, iba poco á poco arriando meditando en su lamentable situación y en el gran pesar que le iba á dar á su padre á quien con la esperanza de que de un día á otro se iba á arreglar su negocio, no le había parecido comunicarle aquella mala noticia y alarmarlo tal vez más de lo necesario: ¿Qué es posible, Señor? decía hablando solo, ¿que haya gentes tan infames que después de que se venden, que están mamando á dos tetas, aun pretendan robar más, haciendo mérito de la colocación que indignamente ocupan, acogiendo á las leyes para acabar de despellejar vivo al infeliz que cae en sus manos! Esos no son hombres, son años antes maldecidos del género humano; yo, para buscar un peso, expongo mi fortuna, ando por escabrosos caminos, por los espesos montes, á la merced de las fieras, cayendo y levantando, y estos pícaros de poltrones en una garita, ó de aperitos en las tabernas, medran á costa del mundo entero, juegan y tiran un peso con la mayor franqueza; ya los conozco á todos como si los acabara de desensillar, y no pierdo la esperanza de írmelos soplando donde los encuentre, principalmente á mi amigote, que no contento con cuanto me había estafado, con los encargitos continuados de guajes de melado, calabazas tachas, rebatidos, y tanto sobornalito con que pasaba mis mulas para que con ellos barbiara á sus jefes y compañeros, todavía quería que le regalara dinero para fomentar sus vicios, para jugar una tapada de gallos que desafié. Ahí nos encontraremos, amigote, yo le enseñaré á delatar tirándole un pedazo de lengua, á sorprender á los hombres que confían en su palabra; eso sí, son valientes, más de veinte contra tres. ¿Qué se figurarían que las mulas les harían resistencia? Si no

hubiera sido porque me cogieron á pie aviando á la dama, ellos al fin hubieran triunfado, pero de seguro más de cuatro estacan la zalea á pesar de su emboscada, su asalto y de presentarse armados hasta los dientes, abocando los mosquetes á guisa de salteadores, qué cobardes, á puntazos arriaban las mulas temiendo que se les escaparan de la vista, y orgullosos de su presa hicieron en la población el escándalo más grande para patentizar su heroicidad, insultándome vilmente; pero me estoy engolfando en cosas que ya no tienen remedio, vamos ahora á lo presente. ¿Qué hago para resarcir esta pérdida? la vil acción de ese mentecato no la cubro con mil pesos. ¿Hasta cuándo llegaré á reponer mi par de mulas tan lindas, mi caballo rosillo y demás bagatelas que sacrifiqué? Para cargar estas mulas necesito lo menos quinientos pesos y aunque mucho más tiene mi señor padre recibidos de mí, todo ha procurado meterlo al rancho y no debe tener un peso disponible; lo que tengo repartido es una friolera, yo no puedo consentir que nada de lo del rancho se malbarate; ir á solicitar favor á la hacienda para que me den al plazo la carga, me parece arriesgado, pues si el nuevo amo duda de mí, desconfía de que le cumpla y pone cualquier pretexto excusándose, ese bochorno me mataría de vergüenza. Ahora, suponiendo que mi padre se empeñara por ahí, que poniéndose cara de palo le dieran la carga fiada, ¿adónde voy á expendirla? ya se desmascararon los guardas, y engreídos con su triunfo han de estar espíandome los pasos: entretanto mudo de rumbo, tomo otras providencias y consigo habilitarme, mis mulas se enfrían, algunos marchantes se me separan, y todo mi plan y combinaciones vienen á tierra.

Por otro lado, si prescindo de la carrera, como es regular que suceda, ¿qué hago con mis mulas? tendré la necesidad de venderlas, y sólo al considerar en eso se me parte el corazón, las quiero mucho, todas me conocen, han sido mis primeros bienes, el elemento con que puedo conseguir no estar bajo la férula de un amo. ¡Qué haré, Dios mío! ¡Alúmbrame, Virgen del Buen Suceso! Y fijando la vista para el suelo, no hallaba, por más que discurría, cuál pudiera ser el modo de encontrar remedio para sus males.

CAPÍTULO VI

La conquista. — Soliloquio. — La carta. — La bendición.
Consejos. — Mamar chiche.

Cuando estaba más engolfado en sus meditaciones, lo sacó de ellas el penetrante grito de un amigo suyo que venía por el camino contrario, y al percibirlo tan distraído disparó un excelente caballo tordillo chancaco que montaba, á tiempo que decía interceptándole el paso: — Ave Maria, dijo el Angel, amigo Lencho, ¿adónde vas tan desmantelado? — ¿Qué haces, Alejo? le contestó alzando la cabeza, sentándose bien en la silla y tendiéndole cordialmente la mano. — ¿Qué tienes, hermano, te miro muy distraído, tu chinchorro trasijado y de vacío, qué has tenido algún contratiempo, Lorenzo? — Sí, Alejo, ya comenzó la desgracia á perseguirme. Y le contó minuciosamente cuanto le había acontecido. — ¿Y ahora qué piensas hacer, hermano, de qué modo podrás reponerte de este contratiempo? — En eso puntualmente venía reflexionando. Y también le repitió sus pensamientos. — Hombre, el caso es grave, lo siento en el alma porque sabes que te aprecio. — Te lo agradezco, hermano, y francamente te lo confieso, estoy todo encuartado, no hay salida que dar á este negocio, aun me falta que sufrir la pena del grande pesar que le voy á dar á mi padre que ignora todavía lo acontecido, y estoy, Alejo, de los hombres más afligidos que calienta el sol.

— Efectivamente, Lorenzo, tu situación no puede ser más comprometida, yo te facilitaré los quinientos pesos para que cargues tus mulas, y más si necesitas, cuenta con lo poco que Dios me ha dado; pero conozco que vas á dilatar mucho para chisparte la espina, y que por más que te afanes nunca saldrás de perico perro, ese comercio es muy miserable y no vale la